

PRIMER ANIVERSARIO DE JUAN EL "BUENO"

Por
RENZO RICCIARDI

Hemos sido testigos, hace un año, de un acontecimiento insólito, sin precedentes, único. Un anciano, durante cuatro días de dura y penosa agonía, moría en presencia del mundo entero. Centenares de millones de personas, en todas partes del mundo, seguían a través de la radio el progreso de un mal implacable, la lucha con la muerte de un recio organismo y captaban casi todos los gestos y las palabras del venerado enfermo. No había en eso indiscreción ni curiosidad malsana; había, por el contrario, una inmensa preocupación, ansiedad, tristeza y veneración filial! Se extinguía un hombre que a todos amaba y por todos era amado; y este amor había transformado el mundo en una gran familia, sin diferencia de credos, razas o nacionalidades. Llegaban al Vaticano mensajes de todos los países, en todas las lenguas; por la vida del Papa rezaban los católicos en todas las iglesias del mundo; oraban protestantes, cismáticos, hebreos, musulmanes y budistas; hasta los ateos manifestaban su pesar y aflicción.

Mirando hacia atrás, ya en la perspectiva de la historia, hoy nos damos cuenta de que aquella larga agonía era necesaria, pues lo que el gran Pontífice se había empeñado en construir en vida se volvió definitivo por aquella muerte. Antes que se realizara aquella agonía se podía pensar (¡y había quien lo deseaba!) que su obra no le sobreviviría y que dentro de medio

siglo quedaría quizás borrado hasta su recuerdo. Pero la muerte cristiana es la consagración de lo definitivo; fija para siempre lo bueno y lo malo contenido en una vida humana. Así que el Papa Juan, con aquella muerte casi pública (una de las últimas notas de su "diario" dice: "Mi cama es un altar"), ha vuelto irrevocable, indestructible, el edificio levantado en sólo cincuenta meses de pontificado.

En aquella agonía patriarcal — la hora de la Cruz fue su postrero "servicio pontifical"— amor y dolor se confundieron en palabras que han enriquecido a la Iglesia cuanto no habrían podido hacerlo otros cuatro años de pontificado. El que había dicho a los delegados de las Iglesias no católicas, al finalizar la primera sesión del Concilio: "No hemos parlamentado, sino hablado; no discutido, sino nos hemos empeñado en querernos", encontraba, ahora, las palabras más sencillas para llegar al corazón de los hombres. "Sufro con dolor, tanto dolor, pero con amor." El que nunca había hecho referencia al mal tremendo que le aquejaba, ahora nos hacía ver que no tenía otra cosa que darnos sino aquel dolor y aquel amor, y los ofrecía a Dios por nosotros.

El luto que se manifestó por aquella muerte, el dolor del mundo, el tributo de lágrimas de los pobres y de los sufridos eran la gran respuesta que Juan el Bueno recibía de toda la familia de los hombres, la prueba patente de que la suya no había sido una "voz que clama en el desierto".

El incrédulo Renán, meditando más de un siglo atrás sobre los santos canonizados en su tiempo, que él juzgaba mezquinos respecto a las grandes figuras del pasado, hacía esta curiosa profecía: "Habrán aún, habrá siempre santos canonizados en Roma; pero no habrá más canonizados por el pueblo." También en esto el bonhomme Renán se equivocaba: sin adelantarnos a las decisiones de la Iglesia, a la cual pertenece decir la última palabra en tiempo oportuno, ahí está el caso de Juan XXIII, que la voz del pueblo proclamaba santo mientras aún no había bajado a la tumba. ¿Será verdadero otra vez lo de "Vox pópuli, vox Dei"?

Los católicos sabemos que el Espíritu Santo asiste a su Iglesia en un Pentecostés permanente; sin embargo, desde unas décadas para acá, se tiene la impresión de que Dios está actuando al descubierto a través de la acción inspirada de los últimos Pontífices. Y, a pesar de las aparentes diferencias de método, se constata con sorpresa que la acción del uno encaja en la de los otros, y que lo que hoy nos asombra por lo novedoso es el desarrollo lógico de premisas que ha-

bían sido puestas con anterioridad. Sin duda, Juan XXIII dio un impulso prodigioso a la Iglesia católica; sin embargo, no ha hecho otra cosa que continuar y llevar adelante, tal vez por nuevos caminos, una acción pontifical que remonta por lo menos a León XIII, pasando por sus inmediatos sucesores.

¿Qué hay, pues, de verdaderamente original y qué lugar ocupa lo tradicional en los actos, discursos y documentos del breve pero intenso pontificado de Juan XXIII? Intentaremos esbozar a continuación los grandes rasgos de la que fue llamada "la línea Roncalli", la cual es la componente de tres factores distintos. Presentándose al pueblo de Venecia el 15 de marzo de 1953, el nuevo Patriarca trazó las notas características de sí mismo bajo un triple aspecto: el hombre, el sacerdote, el pastor. "Ecce homo, dice, ecce sacerdos, ecce pastor." Es una guía que vale la pena adoptar.

El hombre

El 28 de octubre de 1958 el Espíritu Santo no cambió a un hombre, sino que lo reveló. Angel José Roncalli había llegado a la ancianidad ocultando en sí mismo un tesoro de santidad auténtica; pero este tesoro estaba bajo el celofán. Bastó que la Providencia pusiera esta lámpara sobre el candelero para que una luz extraordinaria irradiara en el mundo. Mauriac confiesa cándidamente haber menospreciado la sabiduría que se ocultaba bajo la jovial campechana del Nuncio que había conocido en París.

De su extracción campesina derivó una salud física y una serenidad inquebrantables ("No sufro de nervios, no sufro de hígado. Me gusta acercarme a la gente", decía) y aquel sentido común y amor de lo concreto que en él fue definido "el genio de la sencillez". Por eso pudo agradecer a Dios como un don especial "el hacerme aparecer como llanas y de ejecución inmediata algunas ideas para nada complejas, más bien sencillas, pero de vasto alcance y responsabilidad frente al porvenir y de éxito inmediato." Y en una carta a un amigo Obispo decía: "Bendigo al Señor por la asistencia que me da para no complicar las cosas sencillas y más bien simplificar las más complejas." El Card. Urbani, que fue Arzobispo de Verona y Metropolitano del Patriarca Roncalli, y por eso su íntimo colaborador, después de su elevación al pontificado declaraba: "Tratando con él, incluso de los asuntos más enmarañados, sus interlocutores se asombraban de su habilidad para devanarlos, reducirlos a su esquema esencial y encontrar rápidamente la solución más conveniente y eficaz."

De haberle conocido, Bernanos habría podido escribir de él lo contrario de lo que dijo de Hitler: a saber, que este ominoso dictador se había vuelto el monstruo que conocemos porque no continuó siendo el niño que fue. Del Papa Roncalli se puede decir, al contrario, para explicar su sabia inocencia, que nunca se había separado del secreto humano y sobrenatural de su infancia.

Tampoco Bergson pudo conocer a este Papa; pero oíd lo que dice Jean Guittou: "Bergson, mi maestro, en un libro acerca de los místicos, bosqueja el que parece retrato vivo de Juan XXIII. Dice que el místico posee una inocencia instintiva, una sencillez extraordinaria por la cual las dificultades se desvanecen ante su espíritu de sencillez. Él pasa a través de los peligros sin darse cuenta. Creo que Juan XXIII recibió esta gracia que se encuentra sólo en ciertos místicos; fue su fuerza y su don."

Pero el rasgo principal del hombre, el que más llamaba la atención, fue aquella atractiva y llana bondad, aquella simpatía —o don de gentes— que cautiva los corazones, aun cuando estén prevenidos y mal dispuestos (como pasó inicialmente con De Gaulle y Herriot durante su nunciatura en París). Sin embargo, la simpatía puede inducir en error, pues parecía más destinada a producir un rico anecdotario que a hacer historia; mientras era la señal de una irresistible potencia de amor.

El sacerdote

Si los valores humanos del hombre Roncalli le prepararon a desempeñar las funciones a que la Providencia le tenía destinado, su larga experiencia sacerdotal al servicio de la Iglesia completó y maduró, sin que él lo sospechara siquiera, sus predisposiciones naturales a ocupar un día la cátedra de Pedro.

Como dijo en su recordada presentación como Patriarca a la feligresía de Venecia: "La Providencia me trajo de mi pueblo natal y me hizo recorrer los caminos del mundo, de Oriente a Occidente, acercándome a gentes de religiones e ideologías distintas; me puso en contacto con problemas sociales agudos y amenazadores, y me hizo guardar la calma y el equilibrio de la indagación y el buen juicio; siempre preocupado, salva la firmeza de los principios del credo católico y de la moral, más de lo que una que de lo que se separa y suscita contrastes."

En el largo camino recorrido, siempre le acompañaron y distinguieron su sincera humildad y su obediencia incondicionada al Vicario de Cristo, su sólida piedad, que se traducía en obras y buenas iniciativas, el sano humorismo, la cor-

dialidad del trato, su deseo de concreción, su anhelo de mantener el contacto humano y establecer el diálogo con todos; el sentido ecuménico que se le fue desarrollando a través del largo y no siempre fácil contacto con las Iglesias separadas de Oriente; el amor, en la caridad de Cristo, también, a los distantes y a los que vivían en el error (decía de los comunistas: "Son los enemigos de la Iglesia; pero la Iglesia no tiene enemigos"), sin ceder por eso en materia doctrinal ni transigir con las imperceptibles exigencias de la ortodoxia; la valiente "apertura" a las necesidades más urgentes de nuestro tiempo, sin preocuparse si, al actuar así, iba contra costumbres inveteradas y mentalidades cerradas y molestaba a los que tenían el juicio falseado por el hábito de mirar la realidad detrás de un escriptorio.

A él, por el contrario, le gustaba moverse en todas las direcciones, hundirse en el magma hirviente de la vida con sus problemas y sus posibilidades. "No os quedéis detenidos como estatuas en el templo", recordaba a un grupo de jóvenes sacerdotes de Bérgamo. "Lo que es importante es moverse siempre, no descansar en los surcos de costumbres contraídas —dijo durante una audiencia colectiva del 20-3-1960; ir siempre en busca de nuevos contactos, estar abiertos continuamente a las exigencias del tiempo en que hemos sido llamados a vivir... Sed, pues, una presencia viva."

Y, moviéndose, observaba con ojos muy abiertos para descubrir fallas, encontrar terrenos de entendimiento. Siendo Patriarca, se extremaba en visitar parroquias y obras religiosas, y solía repetir que para el gobierno pastoral era necesario "omnia videre, multa dissimulare, pauca corrigere", es decir: verlo todo, disimular muchas cosas como si no se hubieran visto y corregir algunas pocas, las menos posible, cuando no se podía evitar. Así que cuando, desde las primeras semanas de su pontificado, empezó a salir del Vaticano para visitar cárceles, hospitales, asilos y participar en funciones religiosas en las viejas basílicas y en las nuevas iglesias, todos pensaron en una innovación revolucionaria, mientras lo que él quería era cumplir con su obligación pastoral y restablecer una tradición de dieciocho siglos, interrumpida por la ocupación de Roma por parte de las tropas italianas en 1870, y que, después del Tratado de Letrán y del Concordato de 1929, había sido inexplicablemente delegada al Cardenal Vicario. El Papa es, ante todo, el Primer Obispo de Roma, y como tal tiene que actuar.

Otra aparente innovación (mas en realidad se trataba de reanudar una tradición interrumpida sólo bajo Pío XII) fue el nombramiento de cargos que habían quedado

por mucho tiempo vacantes en la Secretaría de Estado y en varias Congregaciones, y el trato reservado a los Obispos, recibidos por el Pontífice en persona y no por las oficinas de la Curia, sobrecargadas de trabajo, otorgándoles desde el primer momento una más amplia libertad de actuación en su campo pastoral. Y los ejemplos podrían multiplicarse.

El Pontífice

De las felices disposiciones naturales y de su múltiple experiencia sacerdotal, diplomática y pastoral se derivó la originalidad de su pontificado, que, a pesar de su estilo de paternal dulzura y mansedumbre, fue como la liberación repentina de las fuerzas explosivas que se habían venido acumulando en el tiempo de la fidelidad y de la obediencia. De un conocido prelado vaticano cuentan que se lamentaba: "Cada mañana, cuando voy a mi despacho, pienso en las originalidades que se le habrán ocurrido durante la noche al Padre Santo." Pero oigamos la otra campana: "En cada uno de sus actos —expresó el Card. Feltrin— se manifestaba el estilo de un Papa en el cual la espontaneidad y la audacia se mezclaban con la serena certeza de una decisión bien ponderada. El Papa parecía asumir una iniciativa personal; sin embargo, iba al encuentro de una aspiración profunda, ampliamente advertida en la Iglesia y en el mundo. He aquí por qué la resonancia de sus actos era inmediata, en todos."

Puede ser que me equivoque, pero pienso que los historiadores futuros no encontrarán en la convocatoria del Concilio Vaticano II, en algunas alocuciones y en dos o tres encíclicas de resonancia mundial, que han enriquecido el patrimonio de la Iglesia, las notas sobresalientes que señalan el pontificado de Juan XXIII como uno de los más importantes de la historia. Lo que a mi modesto parecer constituyó su verdadera originalidad y asombró a todos, y no sólo a los católicos, podría más bien esquematizarse en cuatro puntos, a saber:

- 1) Renovó la Iglesia en la estela y siguiendo las pautas trazadas por sus inmediatos predecesores;
- 2) Gobernó con nuevos métodos, de acuerdo con los tiempos ("aggiornamento", puesta al día);
- 3) Verificó la ecumenicidad mediante la "apertura" y la invitación al diálogo, acercándose a los separados y a los distantes con caridad y misericordia, pero según un principio que, al fin y al cabo, era tradicional en la Iglesia: "interficere errores, diligere errantes";

- 4) Realizó la "sabiduría del corazón" —la sapientia cordis del salmo 89, versículo 12, que fue la cita bíblica elegida por él como recuerdo de su ordenación sacerdotal—, es decir, la caridad en la luz y según el patrón del Evangelio.

Perfiles de un pontificado

El pontificado de Juan XXIII cerró definitivamente un ciclo de la historia de la Iglesia que se podría definir "la huida del mundo". Hasta el final del siglo pasado Roma estuvo encerrada en posiciones de defensa: León XIII, una vez liberada la Iglesia de la pesada herencia de Constantino, fue el primero en concebir el grandioso designio, que parcialmente realizó, de una "reconquista" cristiana del mundo desde el interior, rechazando sus errores, pero aceptando sus realizaciones positivas. Este Pontífice no sólo inició el diálogo con la revolución industrial, echando los cimientos de la doctrina social de la Iglesia con su inmortal encíclica "Rerum Novarum", sino que aconsejó a los católicos de Francia el reincorporarse a la política activa, de la cual se habían alejado para encerrarse en un aislamiento estéril y dañino. Cuando les citaba como ejemplo la conducta de los primeros cristianos, "incontaminados en medio de las supersticiones y siempre iguales a sí mismos, que se introducían valerosamente por doquiera", ¿no se adelantaba, sin saberlo, a la invitación de Juan XXIII a la colaboración entre católicos y no católicos para fines "buenos o cuando menos reducibles al bien" (*Pacem in terris*) y a su afirmación de que "cuando uno hace el bien, es cristiano aunque no lo sepa" (discurso al Consejo Municipal de Venecia)? Y cuando el Papa León afirmaba que "todo lo que la razón tiene de de Dios", ¿no escribía el prólogo de la última encíclica del Papa Juan?

¿Qué distinto de él fue su sucesor, San Pío X! Sin embargo, entre otras grandes cosas que ilustran su pontificado, apoyó la acción de algunos Obispos en favor de los obreros y dialogó paternalmente con los sindicatos, continuando la línea social de León XIII y anticipándose a la de Pío XI y Juan XXIII. Es un rasgo de este gran Pontífice que pocos conocen aun entre los católicos. Los que se han escandalizado por los telegramas de pésame de un Kruschew, de un Adjubei, o por la elogiada necrología de un Togliatti, harían bien en meditar en lo que escribieron a la muerte de Pío X dos enemigos de la Iglesia, que citamos textualmente a continuación:

"Era un campesino, un cura de aldea, decían con desprecio de él tanto los católicos como los demás.

Sí, señor, era todo un campesino, y por eso mismo era admirable y nos dominaba a todos. ¿Queréis que os diga cómo he visto siempre a Pío X? Con zapatos gruesos, zapatos con clavos bajo la sotana blanca, zapatos toscos que hacían su paso pesado y le sujetaban a la tierra. Era un hombre de sentido común, un sentido común extraordinario que rayaba en el genio y que quizás lo era." El que así se expresaba era el radical "comecuras" Aristides Briand.

Y escuchad este otro juicio: "El Papa ha muerto. Es honrado decir que fue un gran Papa. Su política fue muy sencilla: consistía en restaurar los valores de la fe con firmeza apostólica; y él manejó esta política con prestigiosa autoridad. Por la llaneza de su alma y la sinceridad de sus virtudes, que nadie se atrevería a poner en duda, sí, de cualquier ángulo que se le mire, es preciso reconocer que Pío X ha sido un gran Papa." El periódico francés que publicaba esta necrología era el órgano marxista "L'Humanité", y el que firmaba, su director, Jean Jaurés. Y las dos citas quizás nos aclaren el parecido que todos hemos intuído entre estos dos grandes Pontífices.

Luego vino Benedicto XV, figura señera tan poco conocida y apreciada por los mismos católicos. Cuando este Pontífice, elevándose por encima de los odios e intereses exasperados por la psicosis bélica, tuvo el valor de condenar "los inútiles estragos" de la primera guerra mundial, abogando por una paz sin vencedores ni vencidos, ¿no señalaba acaso la auténtica misión universal de la Iglesia y fijaba las premisas a la acción pacificadora realizada en un mundo convulso por Pío XII y Juan XXIII?

Y cuando Pío XI aceptó el fin del poder temporal de la Iglesia, dio decisivo impulso a la jerarquía local en los "países nuevos", ensanchando también el Sagrado Colegio, cuando inició el diálogo con la cultura moderna, poniendo de relieve cómo toda realidad auténticamente humana es susceptible de ser asumida sobre el plan de la verdad cristiana, no hacía sino trazar sendas e iniciar diálogos que Pío XII seguiría y llevaría a alturas cimeras al dirigirse a los constructores del mundo nuevo; los sabios, los investigadores, los políticos, los economistas, los artistas, los literatos, los médicos, los juristas, los obreros, los técnicos y artesanos de toda clase y categoría acudían al Vaticano porque el Papa se interesaba por sus trabajos, sus fórmulas, sus esfuerzos, sus inquietudes; se interesaba por ellos y les bendecía.

El Pastor Angélico no sólo preparó el terreno a Juan XXIII, sino que presintió y anunció su venida cuando habló de "la floración de una próxima inesperada prima-

vera" que sentía llegar; cuando, en uno de sus últimos discursos (18-2-1958) anunciaba con voz profética: "Hoy el mundo se prepara a mirar a Roma, a la Roma cristiana, como a la ciudad colocada sobre el monte, como a faro de luz resplandeciente" y constataba el ansia de la humanidad de una unidad efectiva en sentido ecuménico: "El mundo, en efecto, va tomando cada día mayor conciencia de su unidad. Los hombres ya no son como antes, extraños los unos a los otros, ni se contentan con la comunicación que nace de la similitud o identidad, ni están satisfechos con las relaciones que impone un objetivo común; no les basta ser o considerarse vecinos o asociados, sino que ansían ser llamados "familia humana". Y se sienten atraídos y maravillados cada vez que se les revela o explica la belleza sublime del Cuerpo Místico de Cristo... Esto significa que hablar de la humanidad como una multitud de criaturas llamadas a integrar una sola Iglesia no es tan difícil como quizás les parezca a algunos..."

No faltaba sino dar un paso más hacia adelante; y este paso estaba reservado a Juan XXIII.

Un paso adelante

En la primera sesión del Concilio hubo innovaciones que llamaron potentemente la atención. Por ejemplo: los Obispos fueron convocados para discutir acerca de todos los problemas de la Iglesia sin ninguna limitación; o, mejor dicho, una sola: no condenar. El 21º Concilio de la historia eclesiástica no representa una novedad sólo por lo impresionante del número de los Padres Conciliares asistentes y la variedad de su procedencia, que dio al mundo una visión espectacular de la ecumenicidad geográfica de la Iglesia católica, sino, sobre todo, por su estilo, que llamaría parlamentario, y el abandono de lo que parecía una costumbre conciliar: los anatemas.

"En la presente situación la sabia Providencia nos está llevando a un nuevo orden de relaciones humanas que por conducto de hombres, y casi siempre más allá de su esfera, se mueven hacia el cumplimiento de sus designios superiores e inesperados", dijo el Papa en la alocución de apertura del Concilio. Y añadió: "Hoy en día la Esposa de Cristo prefiere usar de la misericordia más bien que de la severidad. Prefiere ir al encuentro de las necesidades de hoy más bien demostrando la validez de su doctrina que pronunciando anatemas." No se podían encontrar palabras más sencillas y más firmes para poner fin a la era de las cruzadas y de las excomuniones. Después de esta alocución, el mundo empezó a sentirse más cristiano y los cristianos más hombres.

Por supuesto, no faltaron los que reputaron inconveniente que un Pontífice olvidase sus prerrogativas —sino, ¿a dónde iba a parar la infalibilidad?, decían— y remitiera a una asamblea de miles de Obispos decisiones sobre lo que podía muy bien pronunciarse *motu proprio*. Sin embargo, lo que parecía humilde descoronamiento se transformó en un plebiscito de devoción y exaltación. ¡Y cuánto ganó la Iglesia por ese gesto de Juan XXIII frente a los hermanos separados y al mundo! La inclinación del Pontífice hacia la discusión y las decisiones en sana concordia estaban en contraste con la mentalidad burocrática curial, mejor dispuesta a apreciar órdenes precisas y obligatorias, pero iba al encuentro de las tendencias democráticas de nuestro siglo, que ve en este método una mejor garantía de persuasión y facilidad de acatamiento.

El estilo abiertamente parlamentario del Concilio Vaticano II —parlamentario, diría, también por las tendencias contrapuestas que se han manifestado en él— testimonió al público, cristiano o no, que nos había tocado en suerte un Pontífice capaz de apreciar y aprovechar los valores civiles más elevados de nuestro tiempo y que, con disgusto de los fautores tradicionalistas de la clausura hermética hacia toda clase de novedad, quería gobernar con la caridad más que con la autoridad. Y cuando esta llama se apagó, pudimos apreciar que el estilo inaugurado por este bondadoso Pontífice era la mejor arma de conquista de los corazones, pues todos los pueblos se unieron en un solo coro de pesar, hasta los que sustentan ideologías tradicionalmente enemigas del cristianismo.

Y su augusto sucesor no quiso modificar un ápice tan sabia innovación. Hablando el 14 de abril de este año al Episcopado italiano, dijo que no quería de ninguna manera abreviar las discusiones del Concilio, duraren sus sesiones lo que duraren, y añadió que proseguiría su propósito original de no inmiscuirse en sus labores; sino que, por el contrario, dejaría a los Padres Conciliares, y con ellos a las varias Comisiones Episcopales y del Concilio, “libre y amplia posibilidad de investigación y expresión”, concluyendo: “Esta libertad ha sido la nota dominante de este gran Concilio y deseamos mantenernos fieles a ella.”

Abierto al mundo

El ecumenismo de Juan XXIII, sea en sentido estricto (la unidad de las Iglesias cristianas separadas), sea en sentido universal (la unidad del género humano) me parece consistir en esto: no en una abdicación en el plano doctrinal, como algunos parecían temer (y

siguen temiendo), lo que sería una traición a la verdad, sino en un constante esfuerzo y continuo cuidado de expresar la verdad en un lenguaje vivo y adherente a la realidad del período histórico en que vivimos; poner de relieve aquellos aspectos de la verdad susceptibles de unir, más que los que separan y dividen.

Porque Juan XXIII no fue sólo el “Papa bueno”; era un hombre de verdad y decía cosas verdaderas, que todos entendían. Como hacía Jesucristo. Parecía que la verdad nunca habría podido encasarse con el error; y he aquí que el Padre Santo cambió los términos del problema y habló de encuentro entre los hombres en la caridad, aunque nunca fuera en desprecio de la verdad. Por eso no vaciló en dirigirse a todos los hombres de buena voluntad, también a los que no creen en Dios (o se ilusionan de no creer en Él). Las consecuencias de estos llamamientos, de estos encuentros, de esta apertura, están en el recuerdo de todos.

Hasta hace poco la Iglesia católica y las Iglesias separadas estaban ocupadas, sobre todo, en medir la distancia que les dividía y concluir que no había nada que hacer. Pero vino Juan XXIII y puso el acento sobre lo que nos une: el amor al mismo Padre, la fe en el mismo Salvador: Jesucristo. “Es poco”, dijeron algunos; sin embargo, en un mundo de incrédulos y materialistas encontrar a otros que digan como decimos nosotros: “Cristo nos ha rescatado del pecado y salvado de la muerte eterna” es algo; ¡y puede serlo casi todo! Y cuando el Papa saludó públicamente a los representantes de las “herejías” llamándoles “nuestros hermanos en Cristo”, volvimos a encontrar de ambas partes una fraternidad que habíamos perdido. Eso ha hecho brotar un espíritu de unidad constructiva, cuyas reacciones han sido mucho más rápidas de cuanto podía imaginarse. “Algo se ha puesto inesperadamente a correr”, dijo el Card. Siri, hablando de la unidad de los cristianos y atribuyendo el milagro al gran corazón de Juan XXIII. Por supuesto, el anciano Pontífice no creó ex nihilo esta tendencia, pero la apoyó y organizó estructuralmente, dándole un reconocimiento oficial en el Concilio, que ha sacado de ella su característica fundamental.

Pero esto no era suficiente. Cuando en la “*Pacem in terris*” el Papa bueno nos invita a evitar la psicosis bélica, se refiere también a nuestra conducta particular respecto a los que están lejos de nosotros ideológicamente. Hay estructuras históricas de derecho natural que varían con los tiempos. El realismo del Papa Juan tendía a crear posibilidades de colaboración allí donde hasta ahora sólo había odios y recelos. Por supuesto que la des-

movilización ideológica es, hasta ahora, más un auspicio y un deseo que un hecho; pero lo importante era ponerse en camino.

Además, tuvo confianza en la ONU, a pesar de sus fallas; pues opinaba que existía ya la condición histórica necesaria y suficiente para la formación de una comunidad de carácter mundial, respecto a la cual la Iglesia no pedía, sino que se respetaba el derecho natural. Él intuyó que la existencia de un organismo político internacional eficiente daba a la Iglesia la posibilidad de tratar con bloques opuestos, sin escogencia de bandos, según la sola exigencia pastoral.

Hubo—¿y podían faltar?—quienes acusaron a Juan el Bueno de haberse excedido en su “apertura”, abriendo el Vaticano a los comunistas, y le apodaron “el Papa rojo”; otros le acusaron de inocente y otros hasta de imbécil y herético. La bondad del Papa les daba miedo. Un católico polaco, Jorge Turowicz, contestaba a estas acusaciones en un diario de Cracovia, el “*Tygodnyck Powszechny*” del 9 de junio de 1963: “Los adversarios de esta apertura hacia Oriente tildaron a Juan XXIII de ingenuo y hasta procomunista. No: el finado Pontífice veía perfectamente las contradicciones que existían entre el catolicismo y la doctrina materialista y atea del comunismo, con todas sus perniciosas consecuencias. Si, a pesar de estas contradicciones, él insistió en la “apertura”, ésta no puede considerarse como una prueba de su inocencia, sino de su profundo sentido de la realidad. El Papa veía que la existencia de un bloque de Estados socialistas era un hecho histórico, que en él viven millones de católicos y tendrá que vivir la Iglesia católica; por consiguiente, queriendo mejorar las condiciones harto difíciles en que esta Iglesia realiza su misión, era necesario iniciar el diálogo.”

Más aún: el silencio (1) del Papa y del Concilio acerca del comunismo, ¿implica acaso —como alguien escribió— un “desarme ideológico de la Iglesia” y la abolición

(1) Sin embargo, yo no sé si la palabra “silencio” es exacta y si su última Encíclica, como se ha dicho, representa el Anti-Síllabo, en el sentido de una conciliación de los errores modernos. En realidad, la *Pacem in terris* es un documento, a la vez, profundamente antiliberal en su esfuerzo de abarcar a todos los hombres y fomentar la promoción de los pueblos y clases desheredadas, y al mismo tiempo antimarxista en su proclamación de la primacía de lo divino, del culto de la verdad y del método de la libertad para que el pueblo pueda escoger su sistema de vida y organización política. Fiel a su proceder, él no pronunciaba condenas, pero sí reafirmaba principios, que las contenían implícitas.

de las condenas de sus predecesores? De ninguna manera, pues es una condena irreformable. Aquel silencio sólo quería ser una invitación indirecta al diálogo, la premisa para una siempre más precisa separación entre lo temporal y lo espiritual; un estímulo implícito a los comunistas para que realicen ciertas evoluciones, disminuyan la virulencia de su integralismo ateo, reconozcan la libertad religiosa como algo inherente a la naturaleza humana y a su dignidad.

¿Cándidas ilusiones? El recrudecimiento actual de la campaña antirreligiosa en Rusia y el reciente "informe Ilitchev" podrían hacerlo creer así... si no probasen precisamente todo lo contrario. Es decir que "el opio del pueblo", después de 46 años de comunismo ateo, de propaganda materialista y persecuciones religiosas, no se ha desarraigado del alma del pueblo ruso, hoy en camino de revisar muchos de los postulados marxista-leninistas; y que el reconocimiento oficial otorgado a la acción pacificadora de Juan XXIII, la liberación de algunos preladados católicos, el envío al Concilio de dos "observadores" de la Iglesia Ortodoxa, en fin, el luto por la muerte del venerando Pontífice romano, han suscitado una honda impresión en el pueblo ruso, según el testimonio concorde de todos los diplomáticos occidentales en la U.R.S.S. La prensa de Mao —otra atestación fidedigna, aunque involuntaria— llegó a preguntar a Krushev qué esperaba para imponer el bautismo por decreto a todos los súbditos de la "Santa Rusia". Cuando el río suena, agua lleva...

Y en un futuro próximo es posible que tengamos una prueba más de la fina intuición —que tal vez era inspiración sobrenatural— de Juan XXIII al intentar su apertura hacia el Este. Lo cierto es que él tenía fe en el pueblo ruso y confiaba en la gente buena que allí vive y espera. Hablando a los integrantes del Tercer Congreso de la Pontificia Unión Misionera, dijo: "Este gigante tendrá que ceder ante la voluntad, la gracia, la misericordia de Dios... También en sus dominios viven muchas almas que ilumina nuestra misma luz, que se mantienen fieles o están cerca de nosotros en la participación del mismo ideal cristiano y apostólico."

El evangelio del amor

Juan XXIII volvió a descubrir el primero y gran mandamiento del cristianismo: el imperativo del amor, según la teología de San Pablo, que proclama la primacía de

la caridad sobre todos los otros dones carismáticos. Los Papas que le han precedido no han amado a los hombres menos que él; tuvieron que amarlos, tal vez, en una forma distinta. Le tocó a él abrir de par en par al mundo su corazón y al mismo tiempo la Iglesia sin mancha y sin miedo. El Papa de Pentecostés, más que el raciocinio, miraba al corazón de los hombres y al mismo tiempo daba testimonio del Evangelio con todos los riesgos que la caridad conlleva.

Porque este amable y bondadoso Pontífice no sólo ha predicado el Evangelio, sino que lo ha vivido, como otro San Francisco, amando a los hombres, a todos los hombres, buenos y malos, como los amó Jesucristo; y ha llevado el mundo más cerca del Reino de Dios, sin otras fronteras sino las que separan el error de la verdad, con la amplitud de una caridad que se ejercía por encima de las luchas humanas, haciendo siempre una neta distinción entre el error y lo que yerran. Dio a todos la prueba de que la Iglesia de Cristo no quiere (y no puede) estar contra esto o aquello, sino que está en permanente oferta de salvación. Y que no es necesario comprometer la firmeza de los dogmas y de la disciplina, sino volver ésta y aquéllas más accesibles, más comprensibles, más "amables", según un método que enseñó hace más de tres siglos el santo de su predilección, San Francisco de Sales.

Aguas de bondad han brotado a raudales de su alma, dando origen a una especie de "leyenda dorada" prodigiosamente rica de anécdotas y enseñanzas. Damos a continuación unas "florecillas" como muestras. A los presos de la Cárcel Mayor de Roma dijo: "Aquí me tenéis con vosotros: he venido a poner mi corazón junto al vuestro." Amaba a los niños e iba a visitarles a menudo en hospitales y orfanatos; con ellos pasó su última Navidad. Al despedir a la muchedumbre venida a felicitarle con antorchas para cerrar en gloria la primera jornada del Concilio, añadió (y sus palabras hicieron estremecer el corazón de todos los padres presentes): "Y cuando lleguéis a vuestros hogares haced una caricia a los niños y decidles que les habéis llevado la caricia del Papa." A Douglas Hyde, el antiguo comunista convertido, quien le preguntaba acerca de Don Oriano, este epígono italiano de San Vicente de Paúl, contestó: "Lo admirable de este santo sacerdote era que no se cansaba nunca de predicar que la reconquista del mundo sólo se lograría mediante el amor."

Con esta caridad, con esta "sabiduría del corazón", se dedicó a la tarea de reconsagrar, en el espíritu del Evangelio, todas las rea-

lidades y las formas nuevas de la vida moderna. Por esto todos los hombres le reconocieron y le amaron; y los pocos que gritaron "escándalo", porque había dirigido palabras de bondad también a los enemigos de la Iglesia, eran de la misma ralea de los que reprochaban a Jesús el frecuentar a los pecadores; y él les contestó que había venido a salvar precisamente "lo que estaba perdido", que son los enfermos los que necesitan del médico y que el Señor de los menses se opuso a que la cizaña fuera demasiado pronto separada del buen trigo. Y si Cristo quiso que el bien estuviera mezclado con el mal, ¿por qué apartarse de los malos con espíritu farisaico? ¿No es necesario, más bien, ir detrás de ellos para intentar salvarlos? Es lo que hizo el Papa de la Paz, quien sabía de sobra que Cristo no es cálculo, ni diplomacia, ni política, sino Amor infinito, creador y regenerador.

En conclusión, el de Juan XXIII fue un pontificado breve y constructivo como pocos, tal vez polémico, pero sobre todo un pontificado cargado de responsabilidades y distribuidor de responsabilidades, que dio mucho trabajo a sus colaboradores y mucho más hará trabajar a los que continúan su camino, empezando por el propio Paulo VI, que no sólo sigue fielmente sus huellas, sino que parece querer adelantarse unos pasos más.

Después de su pontificado la Iglesia no está encerrada en ninguna trinchera, sino abierta al mundo como nunca para escuchar el latido de la historia, para ensartarse en ella y orientarla hacia Cristo. Nunca como hoy ha sido tan indiscutiblemente católica, o sea, universal, y nunca los hombres lo habían advertido con tal intensidad, pues supo hacer entender a todos que los grandes problemas de nuestro tiempo son también sus problemas, y que si es verdad que Cristo es juez de la Historia, tiene suspendida su función hasta el final de los tiempos; mientras hoy, como ayer y como mañana, sólo quiere ingerirse en ella para ayudarnos y para salvarnos.

La Iglesia ahora pertenece al mundo al igual que el mundo pertenece a la Iglesia; éste, y no otro, es el sentido del "servicio pontifical" como lo ha vivido el Papa Juan. ¡Y cuán acertadas son las palabras que acerca de él pronunció en la catedral ambrosiana aquel que la Providencia destinaba a ser su sucesor!: "Bendito sea este Pontífice que nos ha hecho gozar de una hora de paternidad y familiaridad espiritual y que nos enseñó a nosotros y al mundo que la humanidad de ninguna otra cosa tiene tanta necesidad sino de amor."